

ANTONIO

Regular, nada más que regular.

RECTOR

Que trae usted buenos recuerdos.

ANTONIO

Si señor, recuerdos y fiebres.

RECTOR

Muy bien, muy bien, de todo ha de haber en la viña del Señor.

PUIG

Pero las fiebres desaparecen en cuanto cambia uno de hemisferio...

ANTONIO

Por eso he cambiado.

RECTOR

Dejen ustedes en paz las fiebres. Venimos aquí

para un asunto de beneficencia. El señor... (Señalando á Puig) es Director de la Junta del Hospital.

ANTONIO

Tanto gusto.

PUIG

Servidor de usted.

RECTOR

Y en el santo Hospital hay enfermos, como usted puede figurarse.

PUIG

Mucho más de los que quisiéramos.

RECTOR

La miseria es grande, don Antonio, muy grande en este pueblo. Como los pobres tienen la costumbre de blanquear las casas á menudo, nadie lo diría, pero le aseguro á usted que la hay: sí señor, sí, mucha miseria. Los sanos se van, los enfermos que enferman fuera, vuelven. Y de esto resulta, que hay una crisis que si no nos unimos todos para solucionarla estamos perdidos, señor don Antonio.

ANTONIO

Y yo, ¿qué le he de hacer?

PUIG

Se trata de... de algún donativo para el objeto de nuestra obra. Si para nuestros pobres enfermos no acudimos á ustedes, los que han venido de fuera, los poderosos, los indianos, no hay salvación para los infelices.

ANTONIO

Dispensen que les diga que yo... en cuanto á poderoso...

RECTOR

No nos diga usted nada. Ya nos lo figuramos. Todos dicen ustedes lo mismo, pero si los ricos no hacen esfuerzos, la sociedad está perdida del todo.

ANTONIO

Me ponen ustedes en un compromiso.

PUIG

¡Don Antonio, por Dios!...

RECTOR

¡Vamos, don Antonio!...

ANTONIO

¿Quieren ustedes plata?, pues venga plata.

Llamando.

¡Rita!... ¡Rita!...

ESCENA VIII

DICHOS y RITA

RITA

Entrando.

¿Lamabas? ¿Qué quieres?

ANTONIO

Quiero... que... que me des veinte duros.

RITA

¡Veinte duros! ¿Para qué? ¿Para quién?

ANTONIO

Para el señor cura, para el Hospital, para los enfermos, no sé. La cuestión es que me des veinte duros.

RITA

¡Ay, Virgen Santísima!

ANTONIO

Date prisa, que los señores están esperando

RECTOR

No, prisa no traemos.

ANTONIO

Anda, Rita, y no te hagas rogar.

RITA

Ya voy, claro que voy. ¡Pidiéndolos tú, el indiano!...

Marchándose.

PUIG

Muchísimas gracias. Como usted comprenderá, insistimos porque es nuestra misión. Si no molestásemos al prójimo en esto de la caridad, el prójimo no tendría nunca prisa por dar.

ESCENA IX

DICHOS, RITA y después SEBASTIANA

RITA

Volviendo á entrar.

Aquí tienes un billete. Mírale bien, que no le volverás á ver.

Da el billete á don Antonio.

ANTONIO

Suplicante.

¡Rita, por Dios!

Al señor Rector.

Tome, no más.

RECTOR

A don Antonio.

Rogaremos á Dios por usted.

RITA

Se ríe.

De paso pueden ustedes rezar un poco por mí,
para que no pierda la paciencia, que falta me hace.

Sale.

ANTONIO

No hagan ustedes caso, ¡cosas de mujeres!

RECTOR

¡Calle usted, hombre! De sobra conocemos la
lucha cuando salimos á pedir, si encontramos á las
mujeres en casa, ¡pobres de los enfermos!

PUIG

Las mujeres son egoístas.

RECTOR

¡Sí que lo son. Por eso el hombre, cuando está
bueno y sano, debería contar con el egoísmo de
los que han de quedar detrás de él, para cuando
llegue el triste tránsito. Le voy á dar un consejo.
Haga usted testamento, don Antonio.

ANTONIO

¿Quiere usted que le deje las fiebres?

RECTOR

Nada. Haga usted testamento razonable... y
muchas gracias.

PUIG

En nombre de la Junta, muchísimas gracias.

ANTONIO

Que ustedes sigan bien.

RECTOR

Buenos días.

Salen el Rector y el señor Puig,
cruzándose con Andrés que entra dan-
do voces.

ESCENA X

SEBASTIANA, ANDRÉS y DON ANTONIO

ANDRÉS

A Sebastiana.

¿Dónde está Antón? ¿Donde está ese pillo?

SEBASTIANA

¿Qué pillo?

ANDRÉS

¡Antón! ¡Antonio!

SEBASTIANA

Ahí dentro está.

Se vuelve al jardín.

ANDRÉS

Entrando

¡Hola, Antón! ¿Qué tal te va?

Se ríe.

¿No me conoces?

ANTONIO

No, francamente.

ANDRÉS

Andrés, hombre, Andrés; aquel que iba contigo á las pedreas.

ANTONIO

Por lo visto iba conmigo todo el mundo.

ANDRÉS

Eso es, soy Andrés y vengo á pedirte una cosa, que sé que no me la has de negar. Figúrate que el mayor de mis chicos entra en quinta.

ANTONIO

¿Ya?...

ANDRÉS

Tiene diecinueve años. Sí, entra en quinta, y como tú puedes, y somos amigos, quisiera que lo redimieras.

ANTONIO

No puedo.

ANDRÉS

¡Cómo que no puedes! ¿Por qué?

ANTONIO

Porque soy pobre.

ANDRÉS

¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Esta si que es buena!.. ¿Sabes que estás de broma?

ANTONIO

Puede que sí, pero te digo que soy pobre y te lo digo en serio.

ANDRÉS

Te advierto que conmigo no te valen disculpas.

ANTONIO

Es que no son disculpas. Es que no tengo dinero para mí, y lo poco que tengo me hace mucha falta.

ANDRÉS

Bueno, me ofenderé.

ANTONIO

Ya puedes empezar.

ANDRÉS

¿Es decir que me recibes de este modo? ¿Así recuerdas de los amigos viejos? Dime que no de una vez, y háblame claro, que á un amigo como yo no se le engaña.

ANTONIO

¡Pero si no te conozco!

ANDRÉS

Pero yo te conozco á tí: es decir, te voy conociendo, y francamente, este desaire no lo habría esperado nunca.

ANTONIO

Pero si no es desaire. ¡Qué pucha!

ANDRÉS

Eres como todos, lo mismo que todos. Los pesos se os suben á la cabeza, y no os queréis acordar de cuando andábais descalzos recogiendo colillas.

ANTONIO

¿Me queréis dejar en paz?

ANDRÉS

¿Y qué hago yo del chico?

ANTONIO

Que deserte.

ANDRÉS

Pues págale el viaje.

ANTONIO

¿No te digo que no tengo plata? ¿No me has entendido que no tengo cuartos?

ANDRÉS

¿Y eres indiano? ¡Mentira! Esto lo ha de saber todo el pueblo. ¡A mí este desengaño! ¡á un amigo de la infancia!

ANTONIO

Me figuraba que todos los amigos se habían muerto, pero quedan los vivos.

ANDRÉS

¿Lo dices por mí?

ANTONIO

¿Te quieres marchar?

ANDRÉS

Sí, me voy al casino á contarlo.

Marchándose.

¡Avaro! ¡grandísimo avaro!...

Sale deprisa.

SEBASTIANA

Desde la puerta.

Aquí hay otro hombre que pregunta...

ANTONIO

Que no estoy en casa. Dile que me he muerto, y á todos los que vengan, lo mismo; que no vivo aquí, que aquí vive un pobre.

SEBASTIANA

¡Pero si tú eres un príncipe!...

ANTONIO

¡Sí, un príncipe pobre!

Sebastiana sale á dar el recado.

ESCENA XI

DON ANTONIO Y RITA

RITA

¿Qué gritos de pobre son éstos?

ANTONIO

Que me vienen con tantas macanas, que acabarán por ponerme enfermo de veras.

RITA

¿Enfermo? Ya no lo estás, tienes fiebre cada dos días, pero pasas otros dos en la gloria. ¡Qué más quieres!..

ANTONIO

Lo que quiero es tranquilidad. He venido buscando tranquilidad, quietud.

RITA

¿Todavía más? ¿Aún no has descansado bastante?

ANTONIO

¿Qué quieres que haga?

RITA

Cualquier cosa, redes para pescar.

ANTONIO

Ahora he puesto un boliche con Roque y tendré un negocio.

RITA

Quien tendrá el negocio será él. ¿Por qué no te pones tú al frente?

ANTONIO

¡Yo al frente del boliche! ¡Qué diría la gente! ¿No ves que soy don Antonio? Y al que le echan

un don encima, ¿cómo se va á poner á despachar vino y aguardiente? ¿Quieres que me ponga detrás del mostrador de levita? Esta es la diferencia de aquí allá. Allí, en América, como nadie tiene don, nadie se avergüenza de nada. Allí friega uno los platos, y barre, y hoy se pone uno la levita, y mañana la blusa ó lo que sea. Con tal de hacer pesos hace uno de todo, y lo hace mirando aquí al pueblo, y ahorra para venir al pueblo, y no se casa uno para volver al pueblo, y no tiene uno hijos por el pueblo, y por la vanidad de lucir, al volver á tierra, una onza colgada del reloj, y con todas estas fantasías ó ilusiones ó macanas, ¿cómo quieres que me ponga á tabernero? Soy pobre, pero soy don Antonio.

RITA

Pues entonces á ver qué haces.

ANTONIO

Haré lo que hacen los demás cuando América no les ha dado lo bastante y no tienen valor para morir en un rincón de rancho, en el frío de la llanura. Viviré con muy poco, economizaré, no saldré de casa ó me contentaré con tomar el sol, lo único que podemos tomar los que somos pobres.

RITA

¿Y te acostumbrarás á esa vida?

ANTONIO

Por fuerza.

RITA

¡Virgen Santísima!

ANTONIO

Me falta... me falta una cosa, Rita. Me falta ambición. La tuve, pero ya no la tengo. El que cumple cuarenta años y no tiene mujer ni hijos legítimos, ya no tiene ganas de nada. Al principio pensaba en vosotros, creyendo que érais una familia; pero hace un mes que estoy aquí, y, ¡válgame Dios!, si esto es la familia.

RITA

¿Qué quieres decir?

ANTONIO

Que me dejes en paz.

RITA

¿Es decir, que me echas en cara la casa y la miseria que nos has enviado?

ANTONIO

¡Miseria la llamas!

RITA

Sí, miseria, comparado con lo que ganabas.

ANTONIO

Lo que ganaba...

RITA

¿Nos lo echas en cara, verdad?

ANTONIO

¡Qué tengo que echarte en cara, pava! Si hubiera querido tener más hermanos y más amigos... y lo que no tengo, ¡para enviarlo todo, todo! Si nunca he trabajado para mí. ¡Si no quería más que una cosa: volver á casa! ¡Y ahora veo que no la tengo!

RITA

¿Que no tienes casa, te atreves á decir? ¿No has convertido ésta en un café?

ANTONIO

Como quieras.

RITA

¿No tienes aquí el chisme ese que se pasa el día cantando? ¿Qué más quieres?

ANTONIO

Quiero... ¿Qué te diré yo? Quiero que con el gesto, con el modo de hablar, con indirectas, con directas, no me estés recordando á cada paso que soy lo que soy; que he venido como he venido.

RITA

¡Pues trabaja!...

ANTONIO

¡Todavía más! He trabajado más de veinte años, como una bestia de carga, sin saber para quién. ¿Y no tengo derecho á descansar?

RITA

Descansa lo que quieras, pero no te quejes.

ANTONIO

No me he quejado nunca. Cómo lo que me das;

voy donde tú quieres, á misa, al sermón, á las cuarenta horas; vivo como un perro. ¡De lejos, fui la providencia; pero de cerca soy un forastero! ¡Un estorbo! Un estorbo... enfermo.

Se estremece con el frío de la fiebre, coge un pañuelo de lana y se lo pone al cuello, sentándose tembloroso en una silla.

ESCENA XII

DICHOS y SERAFÍN

SERAFÍN

Comprendiendo que están disputando.

¡Otra vez riña! ¿Qué pasa?

RITA

Que como tenemos que hacer de ricos sin serlo, esta casa es un jubileo.

SERAFÍN

Tienes razón. Parece que al que tiene un indiano en la familia, todo el mundo se encuentra con derecho á explotarle,

RITA

Cuéntamelo á mí, que lo tengo en casa, y ni siquiera puedo darle consejos. Le quiero y se los doy por su bien, pero él no me hace caso, y esto es un castigo.

Viendo que don Antonio se levanta para marcharse.

¿No te parece que tengo razón?

Él no contesta.

¡Ah! ¡No contestas, desagradecido! ¡No contestas á tus hermanos que se han pasado años y años esperándote, hablando de ti, siempre de ti!...

ANTONIO

Sobre todo, á fin de mes.

RITA

A fin de mes, es natural... y no sé qué te extraña; tú bien á gusto te ganabas la vida. Los que se van como tú te fuistes, por egoísmo, hijo mío, no tienen que extrañar que con egoísmo se les reciba.

ANTONIO

¿Y los que se van por pobreza? ¡Ay, Señor!, me acuerdo un día, al volver de América: un pájaro

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

que se había perdido, daba vueltas alrededor del barco, desesperado, y no pudiendo volar más, cayó sobre cubierta. Allí le cuidamos como si hubiera sido una persona, y al acercarnos á la costa le soltamos para que se fuera á su casa. Echó á volar con un grito que no olvidaré nunca, y al llegar á tierra... á su tierra... le mataron á garrotazos... ¡Pobre animal, no traía pesos!, ¡y en este pueblo no quieren pájaros repatriados!...

RITA

No sé qué quieres decir con esto.

ANTONIO

Que allí y aquí, y en todas partes, el emigrante es un enfermo que cambia de postura, y que yo soy el pájaro del barco, que al llegar á casa me apedrean.

SERAFÍN

¡Eso es injusto!

RITA

Déjale, que cuando le entra esa locura que él dice que son fiebres, y quién sabe si será algún mal que habrá traído de allá abajo, vale más dejarlo.

Don Antonio tiembla. Rita se va y Serafín la sigue.

ESCENA XIII

DICHO y CARMEN

CARMEN

¿Qué tienes, Antón?

ANTONIO

La fiebre que me hace temblar, no sé si de frío ó de tristeza.

CARMEN

Tristeza, ¿de qué?

ANTONIO

De todo, y de nada, que allí abajo no era nadie, ni aquí tampoco soy nadie, en ninguna parte. Y que los que podrían comprenderme, no miran aquí, miran allá.

CARMEN

¿Qué quieres decir con eso?